

TODD BURPO CON LYNN VINCENT

El cielo es real

La asombrosa historia de un niño pequeño
de su viaje al cielo de ida y vuelta



Elogios para *El cielo es real*

«Te conmoverán los relatos sinceros, sencillos e ingenuos de un niño que ha estado en el cielo. Este es un libro irresistible y convincente que debes leer. Si estás listo para ir al cielo, este libro te inspirará. Si no estás listo para el cielo, permite que este niño te dirija. Como dice Colton: *El cielo es real*».

—Don Piper
Conferencista y escritor,
90 minutos en el cielo

«De vez en cuando llega un manuscrito a mi escritorio cuyo título logra intrigarme. Eso fue lo que ocurrió con este libro en particular llamado *El cielo es real*. Pensé que simplemente lo hojearía, pero no pude soltarlo. Lo leí de tapa a tapa. La historia me impactó muchísimo. Es un libro que no sólo provocará que ames más a Dios y le temas menos a la muerte, sino que te ayudará a entender que el cielo no es un lugar donde simplemente te la pasas sentado por miles de años cantando *Kumbayá*. Es un lugar donde comenzamos a vivir como se suponía que viviéramos siempre, antes de la caída. Si el cielo es algo que te intriga o te inquieta, si te preguntas cómo serán nuestras vidas allí, entonces te recomiendo muchísimo este libro».

—Sheila Walsh
Conferencista de Women of Faith
y escritora,
Déjalo en las manos de Dios

«El cielo no es un premio de consolación. Es un lugar real que será el hogar eterno de todos los que creen. Emprende esta jornada junto a Colton y a Todd, a medida que ellos describen de primera mano las maravillas, misterios y majestad del cielo. Este libro hará que la tierra cobre un mayor significado y que el futuro sea más esperanzador».

—Brady Boyd
Pastor principal, New Life Church
Colorado Springs

«Ha habido muchas historias de experiencias “cercanas a la muerte” que simplemente no he leído porque en verdad no sabía si podía confiar en el autor. Bueno, leí este libro de tapa a tapa y, lo que es más importante, ¡no encontraba cómo soltarlo! ¿Por qué? Porque conozco al autor y le creo. Todd Burpo nos otorga un maravilloso regalo a medida que él y su hijo levantan el velo a la eternidad, permitiéndonos echar un rápido vistazo a lo que nos espera del otro lado».

—Dr. Everett Piper
Presidente, Oklahoma Wesleyan
University
Escritor, *Why I'm a Liberal and Other
Conservative Ideas*
[Porqué soy liberal y otras
ideas conservadoras]

«En este hermoso y brillantemente redactado libro, Colton, de cuatro años, tiene una “experiencia cercana a la muerte” (ECM) mientras está bajo los efectos de anestesia. He estudiado científicamente más de 1,600 casos de ECM y he encontrado que esto puede ocurrir en niños muy pequeños y mientras están bajo anestesia. Aún después de haber estudiado tanto casos de ECM, considero que la experiencia de Colton es dramática, excepcional e inspiradora para los cristianos en cualquier lugar».

—Jeffrey Long, MD
Fundador, Near Death Experience
Research Foundation
Escritor, *Evidence of the Afterlife:
The Science of Near-Death
Experiences* [Evidencia del
más allá: La ciencia detrás de
las experiencias cercanas a la
muerte]

«Un vistazo al cielo, hermosamente redactado, que alentará a aquellos que dudan y emocionará a aquellos que creen».

—Ron Hall
Coescritor, *Same Kind of Different as
Me*

«Algunas historias desean ser contadas. Simplemente tienen vida en ellas mismas. El libro que sostienes en tus manos es sencillamente una de esas historias. Pero no se quedará contigo mucho tiempo... infiltrará tus conversaciones en la búsqueda de alguien que todavía no la haya escuchado. Estoy seguro que te pasará porque eso fue lo que me ocurrió a mí».

—Phil McCallum
Pastor principal, Evergreen
Community Church
Bothell, Washington

«La Biblia describe el cielo como la morada de Dios. Es un lugar real en el que todos aquellos que someten sus vidas a Dios tendrán una morada eterna. En este libro, Todd Burpo transmite el relato de la experiencia de su hijo cuando éste estaba en una cirugía a causa de un apéndice reventado. Es un relato sincero, conmovedor y alentador para todos los que tenemos una esperanza eterna».

—Robert Morris
Pastor, Gateway Church
Southlake, Texas

«*El cielo es real* es un libro maravilloso que reafirma cuán importante es la fe en nuestras vidas, tanto para los niños como para los adultos».

—Timothy P. O'Holleran, MD

«La historia de Colton pudo haber estado en el Nuevo Testamento, pero Dios decidió hablarnos en este siglo veintiuno a través de los ojos intachables de un niño, para así revelar algunos de los misterios del cielo. La redacción es convincente y la verdad es asombrosa, lo que nos provoca hambre de mucho más».

—Jo Anne Lyon
Superintendente general, The
Wesleyan Church

«¡Dios es tan creativo y creíble! Los descubrimientos de este libro ampliarán esta realidad de nuevas maneras. Conozco a Colton desde que nació. Para cuando comenzó a dar sus primeros pasos, ya tenía un profundo interés espiritual y mucha intensidad. Cuando tenía cerca de tres años, se sentó en mi rodilla, me miró a los ojos y me preguntó si yo quería ir al cielo cuando muriera. Luego me dijo: “Necesitas tener a Jesús en tu corazón”. Elogio este libro por su fresca perspectiva en la realidad de Dios, quien con frecuencia parece estar escondido, y sin embargo, interrumpe Su agenda».

—Phill Harris
Superintendente de distrito,
Distrito de Colorado-Nebraska de
la Iglesia Wesleyana

El cielo es real

El cielo es real

*La asombrosa historia de un niño pequeño
de su viaje al cielo de ida y vuelta*

Todd Burpo

Con Lynn Vincent



GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2011 por Grupo Nelson®

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Título en inglés: *Heaven is for Real*

© 2010 por Todd Burpo

Publicado por Thomas Nelson, Inc.

El autor está representado por la agencia literaria Alive Communications, Inc., 7680 Goddard Street, oficina 200, Colorado Springs, CO, 80920.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Nueva Versión Internacional® NVI®

© 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usada con permiso.

Editora general: *Graciela Lelli*

Traducción: *Traductores en Red*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN: 978-1-60255-438-2

Impreso en Estados Unidos de América

11 12 13 14 15 BTY 9 8 7 6 5 4 3 2 1

*«Les aseguro que a menos que ustedes cambien y se
vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos».*

—JESÚS DE NAZARET

CONTENIDO

<i>Agradecimientos</i>	xiii
<i>Prólogo: Ángeles en Arby's</i>	xv
1. El coliseo de los insectos	I
2. El pastor Job	8
3. Colton enfrenta su miedo	16
4. Señales de humo	20
5. La sombra de la muerte	28
6. North Platte	32
7. «Creo que es el final»	37
8. Furioso con Dios	41
9. Minutos como glaciares	45
10. Oraciones de lo más extrañas	51
11. Colton Burpo, cobrador	57
12. Testigo del cielo	67

EL CIELO ES REAL

13. Luces y alas	78
14. En tiempo celestial	86
15. Confesión	92
16. Pop	95
17. Dos hermanas	104
18. La sala del trono de Dios	110
19. Jesús ama muchísimo a los niños	118
20. Morir y vivir	124
21. La primera persona que verás	129
22. Nadie es viejo en el cielo	135
23. Poder de arriba	140
24. El momento de Ali	144
25. Las espadas de los ángeles	149
26. La guerra por venir	154
27. Algún día, lo veremos	159
<i>Epílogo</i>	171
<i>Cronología de eventos</i>	177
<i>Notas</i>	181
<i>Acerca de los Burpo</i>	183
<i>Acerca de Lynn Vincent</i>	185



AGRADECIMIENTOS

Al contar la historia de Colton hemos tenido la oportunidad de trabajar no sólo con profesionales dedicados, sino con personas muy genuinas y cariñosas. Es cierto que nos han impresionado con su conocimiento y habilidad; sin embargo, Sonja y yo nos hemos deleitado más con el carácter y el corazón de cada una de ellas.

Phil McCallum, Joel Kneedler, Lynn Vincent, and Debbie Wickwire no sólo han invertido sus vidas en este libro; también han enriquecido a nuestra familia. Sin su enorme esfuerzo y sus espíritus sensibles *El cielo es real* nunca se habría desarrollado tan maravillosamente.

Agradecemos a Dios diariamente por reunir a este equipo tan dotado y talentoso para ayudarnos a contar la historia de Colton. Cada uno ha sido una bendición para nosotros.

Sonja y yo contamos con el maravilloso privilegio de llamarles nuestros amigos.



PRÓLOGO

Ángeles en Arby's

En Estados Unidos, la festividad del 4 de julio hace pensar en desfiles patrióticos, asados a la parrilla, maíz dulce y cielos nocturnos salpicados de fuegos artificiales. Para mi familia, sin embargo, el fin de semana del 4 de julio de 2003 fue importante por otro motivo.

Mi esposa Sonja y yo habíamos planeado ir con nuestros hijos a visitar a Steve —hermano de Sonja— y a su familia en Sioux Falls, Dakota del Sur. En ese viaje conoceríamos a nuestro sobrino, Bennett, de apenas dos meses. Además, nuestros hijos, Cassie y Colton, no conocían las cascadas (sí, ¡realmente hay unas cascadas llamadas Sioux Falls en la ciudad Sioux Falls!) Pero lo más importante de todo era que esta sería la primera vez que saldríamos de nuestra ciudad, Imperial, en Nebraska, desde el viaje familiar que hicimos en marzo a Greeley, Colorado, y que se transformó en la peor pesadilla de nuestras vidas.

Llámanos locos, si quieres, pero debido a que la última vez que hicimos un viaje familiar uno de nuestros hijos casi se nos muere, esta vez estábamos un poco aprensivos, al punto de no querer hacer el viaje. Como pastor que soy, no creo en supersticiones, pero aun así una parte de mí sentía que si nos quedábamos cerca de casa, estaríamos a salvo. De cualquier modo, finalmente ganó la razón y la tentación de conocer al pequeño Bennett, quién, según Steve, era el bebé más hermoso del mundo. De manera que cargamos nuestro Ford Expedition azul con todo lo que necesitaríamos para un fin de semana y preparamos a la familia para un viaje rumbo al norte.

Sonja y yo decidimos que lo mejor sería hacer la mayor parte del viaje durante la noche. De esta manera, si bien Colton estaría preso en su asiento de seguridad a pesar de sus cuatro años, al menos dormiría la mayor parte del viaje. De modo que, pasadas las ocho de la noche, subimos al Expedition, lo saqué del estacionamiento, pasé junto a la iglesia Wesleyana de Crossroads —de la cual soy pastor— y tomé la autopista 61.

La noche estaba despejada y clara, y una media luna se recostaba sobre el cielo aterciopelado. Imperial es un pueblito agrícola ubicado en el límite occidental de Nebraska. Con apenas dos mil almas y ni un semáforo, es la clase de pueblo que tiene más iglesias que bancos, donde los agricultores abandonan sus campos al mediodía para almorzar en el café que es propiedad de su familia, con sus botas de trabajo Wolverine, sus gorras con visera John Deere y sus tenazas para alambrar colgando del cinturón. Así que, Cassie —a la sazón, de seis años— y Colton estaban

entusiasmados por el viaje a la «gran ciudad» de Sioux Falls para conocer a su primo recién nacido.

Los niños se la pasaron hablando durante los 140 kilómetros que nos separaban de la ciudad de North Platte, mientras Colton jugaba a que sus figuras de acción de superhéroes libraban batallas y salvaban el mundo una y otra vez. No eran aún las diez de la noche cuando llegamos a la ciudad de unos 24,000 habitantes, cuyo principal motivo de fama es que fue el hogar del famoso Buffalo Bill Cody.

North Platte sería prácticamente la última parada con gente que haríamos esa noche en nuestro camino hacia el noreste a través de grandes extensiones de campos de maíz en los que no había otra cosa que venados, faisanes y una que otra granja. Habíamos planeado detenernos aquí para llenar tanto el tanque de gasolina como nuestros estómagos.

Tras cargar gasolina en una estación de servicio Sinclair, tomamos la calle Jeffers cruzando un semáforo donde, si doblábamos a la izquierda, encontraríamos el Centro Médico Regional Great Plains. En marzo habíamos pasado en ese lugar quince días de pesadilla, la mayor parte de los cuales habían transcurrido de rodillas mientras le pedíamos a Dios que mantuviera con vida a Colton. Dios escuchó nuestros ruegos, pero Sonja y yo bromeamos que la experiencia nos había restado años de nuestras vidas.

A veces la risa es la única forma de procesar momentos difíciles, de manera que, cuando pasamos por esa calle decidí bromear un poco con Colton.

—Oye, Colton —dije—. Si doblamos aquí, podemos regresar al hospital. ¿Quieres regresar al hospital?

Nuestro pequeño rió en la oscuridad.

—¡No, papi, no me lleves allí! Mejor lleva a Cassie.

Sentada junto a él, su hermana rió.

—¡Nooo! ¡Yo tampoco quiero ir!

En el asiento del acompañante, Sonja se volvió para mirar a nuestro hijo, cuyo asiento de seguridad estaba ubicado detrás de mí. Imaginé su cabello rubio cortado a ras y sus ojos azul cielo destellando en la oscuridad.

—¿Recuerdas el hospital? —le preguntó Sonja.

—Sí, mami, lo recuerdo. Allí fue donde los ángeles me cantaron una canción.

Dentro del vehículo el tiempo se congeló. Sonja y yo nos miramos mientras intercambiábamos un mensaje en silencio: *¿Dijo lo que creo que dijo?*

Sonja se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Te ha hablado antes de ángeles?

Negué con la cabeza.

—¿Y a ti?

Su respuesta también fue negativa.

Vi un restaurante Arby's, conduje al estacionamiento y apagué el motor. La luz blanca de un farol se filtraba dentro de nuestro auto. Aún en mi asiento, miré hacia atrás, a Colton. Me impactó su pequeñez. Era un chiquillo que todavía hablaba con la adorable inocencia —a veces, embarazosa— de llamar a las cosas por su nombre. Si tienes hijos, sabrás a qué me refiero: esa

edad en la que un niño puede señalar a una mujer embarazada y preguntar (en voz muy alta): «Papá, ¿por qué es tan gorda esa señora?» Colton se encontraba en esa breve época de la vida en la que todavía no había aprendido tacto ni mañas.

Todos estos pensamientos cruzaban mi mente mientras intentaba decidir qué contestarle a la sencilla afirmación de mi hijo de cuatro años de que unos *ángeles* le habían cantado. Finalmente, me lancé:

—Colton, ¿dijiste que unos ángeles te cantaron cuando estabas en el hospital?

Asintió vigorosamente con la cabeza.

—¿Qué te cantaron?

Colton llevó la vista hacia arriba y a la derecha con actitud evocadora.

—Pues, cantaron *Jesus Loves Me* [Jesús me ama] y *Joshua Fought the Battle of Jericho* [Josué peleó la batalla de Jericó]. Les pedí que cantaran *We Will, We Will Rock You* [Te haremos bailar], pero no quisieron hacerlo.

Mientras Cassie se reía en voz baja, noté que la respuesta de Colton había sido rápida y directa, sin una gota de indecisión.

Sonja y yo volvimos a intercambiar miradas.

¿*Qué está pasando aquí? ¿Acaso tuvo un sueño en el hospital?*

También flotaba entre nosotros una pregunta que no hacía falta expresar: «¿*Qué le decimos ahora?*»

Se me ocurrió preguntarle, como algo completamente natural:

—¿Cómo eran los ángeles?

Ahogó una risita, motivada al parecer por un recuerdo.

—Pues, uno de ellos se parecía al abuelito Dennis, pero no era él. El abuelito usa anteojos.

Luego, se puso serio.

—Papá, Jesús le pidió a los ángeles que me cantaran porque yo estaba muy asustado. Me hicieron sentir mejor.

—¿Jesús?

Miré a Sonja una vez más y noté que estaba boquiabierta. Volví la vista a Colton.

—¿Quieres decir que Jesús estaba allí?

Mi hijo asintió con la cabeza con la misma naturalidad con la que afirmaría haber visto una mariposa en el jardín.

—Sí, Jesús estaba allí.

—Pero, ¿dónde estaba Jesús?

Colton me miró a los ojos.

—Yo estaba sentado en el regazo de Jesús.

Si las conversaciones tuvieran un botón de «pausa», estoy seguro de que la frase de mi hijo sería uno de ellos. Pasmados al punto de no poder emitir palabra, Sonja y yo intercambiamos miradas y un telegrama mudo: *De acuerdo, entonces. Necesitamos hablar de esto.*

Nos bajamos de la Expedition y entramos en tropel a Arby's. Unos minutos más tarde, salíamos del restaurante de comida rápida con una bolsa llena de comida. Durante todo ese tiempo, Sonja y yo hablamos en susurros.

—¿Crees que realmente vio ángeles?

—¡¿Y a Jesús?!

—No lo sé.

—¿Lo habrá soñado?

—No sé... Parece tan seguro.

De regreso en el vehículo, Sonja repartió los emparedados y las papitas fritas.

Yo me aventuré a hacer otra pregunta:

—Colton, ¿dónde estabas cuando viste a Jesús?

Me miró como si dijera «¿No acabamos de hablar de eso?»

—En el hospital, cuando el doctor O'Holleran me atendía.

—Pero el doctor O'Holleran te atendió más de una vez, ¿recuerdas?

En el hospital, a Colton le habían hecho una apendicetomía de emergencia y luego una limpieza abdominal. Más tarde, lo habíamos llevado para que le quitaran una cicatriz que loide, pero eso ya fue en el consultorio del doctor.

—¿Estás seguro que fue en el hospital?

Colton asintió con la cabeza.

—Sí, en el hospital. Mientras yo estaba con Jesús, tú orabas y mami hablaba por teléfono.

—¿Qué?

Eso significaba que, sin lugar a dudas, estaba hablando del hospital. Pero, ¿cómo podía saber qué hacíamos nosotros en ese momento?

—Pero, hijo —insistí—, tú estabas en la sala de operaciones en ese momento. ¿Cómo puedes saber qué estábamos haciendo?

—Porque podía verlos —respondió Colton con total naturalidad—. Salí de mi cuerpo, miré hacia abajo y pude ver al doctor

trabajando con mi cuerpo. También los vi a ti y a mamá. Tú estabas solo en un cuarto pequeñito, orando, y mamá estaba en otra habitación. También oraba y hablaba por teléfono.

Las palabras de Colton me sacudieron. Sonja tenía los ojos abiertos de par en par, pero no decía nada. Sólo me miraba fijamente mientras, distraída, daba un mordisco a su emparedado.

Era suficiente información por el momento. Encendí el motor y empecé a conducir nuevamente hacia Dakota del Sur. En la autopista I-80 se extendían, a ambos lados, tierras de pastoreo salpicadas de lagunas con patos que brillaban bajo la luz de la luna. A esa altura, ya era muy tarde y todos dormían, tal como lo habíamos planeado.

La Expedition zumbaba por el camino, y yo estaba maravillado por lo que acababa de oír. Nuestro pequeño había dicho cosas increíbles y había respaldado todos sus dichos con datos bastante creíbles, cosas que no había forma de que supiera. No le habíamos contado lo que habíamos hecho durante su cirugía mientras él estaba inconsciente —al menos, eso creíamos— bajo los efectos de la anestesia.

Me preguntaba una y otra vez: *¿Cómo puede haberlo sabido?*

Para cuando cruzamos el límite estatal de Dakota del Sur, tenía otra pregunta en mente: *¿Era real todo eso?*



UNO

EL COLISEO DE LOS INSECTOS

El viaje familiar en el que comenzó nuestra pesadilla estaba originalmente planeado como una celebración. A principios de marzo de 2003, tenía que viajar a Greeley, Colorado, para una reunión distrital de la junta directiva de la Iglesia Wesleyana. Los meses anteriores a esto, desde agosto, habían sido difíciles para nuestra familia: siete meses de lesiones y enfermedades una detrás de otra, que incluyeron una pierna fracturada, dos cirugías y un posible cáncer. Esta combinación había vaciado nuestra cuenta bancaria al punto que casi oía el ruido de una aspiradora cada vez que llegaba el estado de cuenta por correo. Mi magro salario de pastor no se había visto afectado; sin embargo, nuestro principal sostén económico era la compañía de portones para garaje que poseíamos. Nuestros problemas médicos habían causado estragos a nuestras finanzas.

No obstante, ya en febrero parecía que habíamos dejado todo eso atrás. Como tenía que viajar, decidimos transformar mi viaje

de trabajo en una especie de hito en nuestra vida familiar: un momento para divertirnos un poco, renovar la mente y el espíritu, y seguir adelante con nuevas esperanzas.

Sonja había escuchado que muy cerca de Denver había un lugar fantástico para los niños llamado *Butterfly Pavilion*, o «el pabellón de las mariposas». Publicitado como un «zoológico de invertebrados», el *Butterfly Pavilion* se había inaugurado en 1995 como un proyecto educativo para dar a conocer las maravillas del mundo de los insectos y de criaturas marinas que viven en lugares como las pozas de marea. Hoy día, una enorme y vistosa escultura de una mantis religiosa recibe a los niños que visitan el zoológico. Sin embargo, en el 2003 el insecto gigante aún no había ocupado su lugar, y la fachada del pequeño edificio de ladrillo a quince minutos del centro de Denver no gritaba «¡chicos entren!». De cualquier modo, detrás de esos muros había un mundo de maravillas a la espera de niños de la edad de Colton y Cassie.

Nuestra primera parada fue «El coliseo de los insectos», una sala llena de una gran variedad de criaturas terrestres que iban desde escarabajos hasta arañas y cucarachas. Una de las muestras, la Torre Tarántula, atrajo a Cassie y Colton como un imán. Esta pila de insectos —tal como lo anunciaban— era una torre con paredes de vidrio repleta de esas arañas peludas y de patas gruesas que tanto pueden fascinarte como espantarte.

Cassie y Colton se turnaron para subir a la escalera plegable de tres escalones que les permitía ver a los residentes de las plantas más altas de la Torre Tarántula. Una tarántula rubia mexicana acechaba desde un rincón, con el exoesqueleto cubierto de lo

que un letrero describía como pelo de un «adorable» color claro. En otro hábitat había una tarántula roja y negra proveniente de la India. Uno de los residentes más temibles era una «tarántula esqueleto», llamada de esta manera porque tiene las patas negras con rayas blancas, lo que hace que la araña parezca una radiografía, pero al revés. Nos dijeron que la tarántula esqueleto que exhibían era un poco rebelde y que, en una ocasión, se había fugado de su hábitat para invadir el que tenía más cerca y comerse a su vecino como almuerzo.

Mientras Colton se subía de un salto a la escalerita para ver cómo era esa pícara tarántula, me dedicó una sonrisa que me derritió. Los músculos del cuello comenzaron a relajarse, y en alguna parte en mi interior se soltó una válvula de presión, el equivalente emocional de un largo suspiro. Por primera vez en meses, sentí que sencillamente podía disfrutar de mi familia.

«Guao, ¡mira aquella!», dijo Cassie señalando uno de los insectos. Mi hija, con sus seis años y algo desgarbada, tenía una inteligencia afilada como un cuchillo, cualidad heredada de su madre. Cassie señalaba el letrero de la exposición, que decía: «Tarántula Goliat... las hembras pueden llegar a medir más de veintiocho centímetros de largo».

Aquella tarántula no medía más de quince centímetros pero tenía un cuerpo tan grueso como la muñeca de Colton. Nuestro hijo miraba a través del vidrio con los ojos bien abiertos. Sonja, por su parte, fruncía la nariz.

Supongo que uno de los cuidadores voluntarios del zoológico también vio la expresión de Sonja porque intervino rápidamente

en defensa del arácnido. «La Goliat es originaria de Sudamérica», dijo en un tono de voz amistoso y educativo que insinuaba *no son tan repulsivas como crees*. «Las tarántulas de América del Norte y del Sur son muy dóciles. Si alguien quiere, puede sostener a una allí», dijo señalando a otro cuidador que tenía una tarántula más pequeña en la mano para que un grupo de niños pudieran verla más de cerca.

Cassie atravesó el salón a toda velocidad para ver de qué se trataba todo aquello. Sonja, Colton y yo la seguimos. En un rincón del salón que estaba decorado como si fuera una cabaña de bambú, el cuidador mostraba a la estrella indiscutida del coliseo de los insectos: la araña Rosie. Se trataba de una tarántula de pelo rosado proveniente de Sudamérica, con el cuerpo del tamaño de una ciruela y patas de quince centímetros de largo, gruesas como un lápiz. Pero lo mejor de Rosie —desde el punto de vista de un niño— era que si tenías la valentía necesaria para sostenerla, aunque fuera por un momento, el cuidador te regalaba una pegatina como premio.

Si tienes niños, ya debes saber que hay momentos en los que ellos prefieren una pegatina a un puñado de billetes. Además, esta era especial: era blanca con un dibujo de la tarántula en amarillo y decía: «¡Sostuve a Rosie!»

No era una pegatina cualquiera... ¡era una medalla de valentía!

Cassie se inclinó sobre la mano del guardián. Colton me miró con sus ojos azules bien abiertos. «¿Puedo tener una pegatina, papi?»

«Tienes que sostener a Rosie para que te den una pegatina, amiguito».

A esa edad, Colton tenía una manera de hablar preciosa en la que se mezclaban la seriedad y el asombro. Era un niño inteligente y gracioso que veía la vida en blanco y negro. Las cosas podían ser divertidas (los LEGO) o no (las Barbies). Había comidas que le gustaban (la carne) o que odiaba (la col). Estaban los buenos y los malos, y sus juguetes preferidos eran las figuras de acción de los buenos. Los superhéroes eran lo máximo para Colton. Llevaba a todas partes sus muñecos del Hombre Araña, Batman y Buzz Lightyear. De esa manera, ya fuera que estuviese en el asiento trasero de la Expedition, en una sala de espera o en el piso de la iglesia, podía crear historias en las que los buenos salvaban el mundo. Por lo general, esto incluía espadas, el arma preferida de Colton a la hora de acabar con el mal. En casa, *él mismo* podía ser el superhéroe. A menudo cuando llegaba, encontraba a Colton armado hasta los dientes, con una espada de juguete atravesada a cada lado del cinturón y sendas espadas en las manos. «¡Estoy jugando al Zorro, papi!», me decía. «¿Quieres jugar?»

Colton miraba a la araña en la mano del cuidador, y se me ocurrió que mi hijo deseaba tener una espada a mano, al menos como apoyo moral. Intenté imaginar cuán grande debía de parecer esa araña para un chiquillo que no medía más de un metro veinte. Nuestro hijo era todo un varoncito, un niño rudo que había tenido relaciones personales y cercanas con montones de hormigas, escarabajos y otras criaturas similares. Pero ninguno

de esos insectos era tan grande como su propio rostro o tenía pelos tan largos como los suyos.

Cassie se irguió y le sonrió a Sonja.

—Yo la sostendré, mami. ¿Puedo sostener a Rosie?»

—Sí, pero tendrás que esperar tu turno —le dijo Sonja.

Cassie se puso en la fila detrás de otros niños. Los ojos de Colton no se apartaron de Rosie, mientras un niño primero y una niña después sostenían a la enorme araña y recibían del cuidador la preciada pegatina. Pronto llegó la hora de la verdad para Cassie. Colton se abrazó a mis piernas y se apretó contra mis rodillas; estaba lo suficientemente cerca como para ver a su hermana pero era como si a la vez quisiera salir corriendo. Cassie abrió la mano y todos vimos cómo Rosie, una experta en tratar con seres humanos pequeños y curiosos, levantaba de a una pata peluda por vez y corría de la mano de su cuidador a la de Cassie, y de regreso a la mano del cuidador.

—¡Lo lograste! —dijo el guardián, mientras Sonja y yo aplaudíamos y vitoreábamos a nuestra hija—. ¡Buen trabajo!

Acto seguido, el cuidador se irguió, sacó una pegatina blanca y amarilla de un gran rollo y se la entregó a Cassie.

Esto, por supuesto, empeoró las cosas para Colton, que no sólo había perdido protagonismo a manos de su hermana, sino que además era el único niño de la familia Burpo sin pegatina. Echó una mirada llena de añoranza al premio de Cassie y luego miró a Rosie. Yo veía cómo intentaba vencer el miedo. Finalmente, frunció los labios, quitó la vista de Rosie y la depositó sobre mí.

—No quiero sostenerla —dijo.

—De acuerdo —contesté.

—Pero, ¿puedo tener una pegatina?

—No. Sólo conseguirás una pegatina si sostienes a Rosie. Cassie lo hizo. Tú también puedes hacerlo si lo deseas. ¿Quieres intentarlo? Es sólo un segundo.

Colton volvió a mirar a la araña y luego a su hermana, y yo podía ver cómo le trabajaba el cerebro.

Cassie lo hizo. La araña no la mordió.

Negó firmemente con la cabeza.

—¡No! Pero *igual* quiero la *pegatina*! —insistió.

A Colton le faltaban dos meses para cumplir cuatro años, y era experto en mantenerse firme en su postura.

—Sólo te darán una pegatina si sostienes a Rosie» —dijo Sonja—. ¿Estás seguro de que no quieres sostenerla?

A modo de respuesta, Colton tomó la mano de Sonja e intentó arrastrarla lejos del cuidador.

—No, quiero ir a ver la estrella de mar.

—¿Estás seguro? —preguntó Sonja.

Con un vigoroso movimiento afirmativo de cabeza, Colton se encaminó hacia la puerta del coliseo de los insectos.



DOS

EL PASTOR JOB

En el salón contiguo, encontramos una serie de acuarios y «pozas de marea» bajo techo. Los recorrimos para admirar estrellas de mar, moluscos y anémonas que parecían flores subacuáticas. Cassie y Colton dejaban escapar suspiros de admiración mientras sumergían las manos en pozas de marea artificiales y tocaban criaturas que nunca antes habían visto.

Luego salimos a un atrio enorme, rebosante de follaje selvático, enredaderas colgantes y ramas que trepaban hasta el cielo. Observé las palmeras y las flores exóticas; parecían salidas de uno de los libros de cuentos de Colton. A nuestro alrededor, revoloteaban y se arremolinaban nubes de mariposas.

Mientras los niños exploraban, dejé que mi mente vagara hasta el verano anterior, cuando Sonja y yo —como todos los años—, jugamos en una liga mixta de sóftbol. Por lo general, terminábamos entre los primeros cinco, aun cuando jugábamos en el equipo de los «viejos» —léase, personas mayores de treinta